

RUPERTO ROCANROL 2



EL SECRETO DE LA FELICIDAD



El secreto de la felicidad



Como todos sabemos, el sapo Ruperto no solo es el detective más famoso del arroyo Solís Chico, el héroe de todos, el mejor, el más grande, el Balón de Oro del Mundial de Batracios, sino también el más dormilón.

Por eso no puede sorprender a nadie que, al principio de esta aventura, el sapo Ruperto se encontrara en su cueva-oficina haciendo aquello que nadie hacía mejor que él, aquello para lo que venía entrenando desde que era renacuajo.

Pero sucede que mientras Ruperto dormía, en el mundo sucedían otras cosas. Por ejemplo: en un lugar llamado Nueva York, el señor Pepe Lepiú, zorrillo y portero de un edificio, tomaba café; en una lejana isla en medio del océano un gorila gigante invitaba a salir a una señorita rubia muy bonita que se hacía la difícil; en una calle de París un niño pequeño llamado Nicolás estornudaba y lanzaba un moco contra una columna; en un ómnibus lleno de gente en Rangún un hombre grandote trataba de bajar. Y... bueno, no se puede contar todo lo que pasa en el mundo porque llevaría unas 2.345.678 páginas, y eso el primer capítulo nomás.

Así que es mejor contar solo lo que pasaba en el arroyo Solís Chico, donde Ruperto roncaba panza arriba y se babeaba un poquito sobre su almohada de goma de borrar.

Entonces, mientras soñaba con moscas, cucarachas y otras comidas deliciosas, una voz le llegó como desde muy lejos.

—Rupeeeerto.



La voz, que igual que en otras aventuras se ponía en letra chiquitita para que ustedes se den cuenta de que estaba muy lejos, de pronto sonó más cercana, y más, y más.

- ¡RUPERTO!

Y claro, si una voz llega desde tan cerca y lo hace con tanta fuerza, no queda otra más que despertarse. Eso fue lo que le pasó a Ruperto, que del susto pegó un salto enorme y se reventó la cabeza contra el techo de la cueva.

Bueno, decir que se reventó la cabeza es una exageración, solo se golpeó bastante. Si se hubiera reventado la cabeza en serio esta historia terminaba ahora.

—¡Ruperto, despertate, dale, ya son las tres de la tarde! —La voz era bastante insistente.

Ruperto se levantó, arrastró sus patas hasta la entrada y se asomó. No vio nada. Entonces decidió abrir los ojos.

—¿Qué, qué pasa?

Ahora se daba cuenta de que ahí, delante de él, había algunos bichos amigos. Estaban la rana vieja, el sapo Jeremías, el bicho Juancho, el cascarudo Macanudo, las hormigas amigas, los cangrejos que viven lejos y un extraño pato que hablaba muy raro y tenía puesto un traje de marinerito. Al pato lo echaron enseguida porque se había escapado de otra historia y era insoportable.

—¿Qué, qué pasa? —volvió a preguntar Ruperto.

La rana vieja, que era como la líder de los bichos, se acercó a Ruperto.

—Es que está pasando algo muy raro —dijo ella.

Todos los bichos movieron sus cabezas como diciendo que sí. Bueno, todos no, solo los que tenían pescuezo.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que está pasando?

Entonces se adelantó el sapo Jeremías, que se las daba de inteligentudo.

—Sucede, estimado batracio *for export*, que la fauna de este cauce acuático se encuentra muy aquejada de apatía.

Los bichos con pescuezo movieron sus cabezas, los otros solo miraron con cara de bobos. Ninguno entendió nada.

—¿Qué dijo? —quiso saber Ruperto.

—¡Ay, Jeremías! ¿Por qué te hacés el difícil? —rezongó la rana vieja—. Dijo que los bichos del arroyo están tristes.

—Sí, están todos muy exprimidos —agregó Jeremías, que a veces se equivocaba de palabra.

—Deprimidos —corrigió la rana vieja.

—¿Y por qué están así? —preguntó Ruperto.

La rana vieja se quedó mirándolo un segundo.

—Ay, Ruperto, dormir demasiado te abolló el cerebro. ¿Quién es el detective acá? ¿Quién es el ídolo número uno del arroyo, del infinito y más allá? ¿Quién es el que resuelve todos nuestros problemas?

—Sí —dijo Ruperto—. ¿Quién es? Me gustaría conocerlo.

—**¡QUÉ MORTADELA QUE SOS, RUPERTO!** —dijo Jeremías, que a veces se equivocaba de fiambre.



—¡Sos vos, Ruperto! ¡Vos! Por eso vinimos a avisarte, para que hagas algo.

Ruperto suspiró: la vida de un héroe no tenía descanso.

Entró a la cueva y volvió a salir con una libretita y un grafo de lápiz. Tenía que tomar apuntes, como hacen los detectives. Entonces le pidió a la rana vieja que le repitiera todo y anotó: *bichos tristes..., arroyo..., me estás pisando...*

—Me estás pisando en serio —se quejó la rana vieja.

—Perdón.

Así, cuando tuvo todo anotadito, Ruperto se quedó pensando y pensando. Se rascó la cabeza, se rascó una nalga, se rascó una pata, se rascó la panza, se rascó un ojo. A Ruperto le gustaba rascarse.

Lo importante ahora era que tenía un caso que resolver.

